

V DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO C



MONICIÓN INICIAL

Queridos hermanos y hermanas:

Nos hemos reunido para celebrar el quinto domingo del Tiempo Ordinario, en el que el Señor nos llama nuevamente a escuchar su voz. Cada uno de nosotros hemos sido llamados y elegidos para seguir al Señor. Los voluntarios de Cáritas, con su tarea, continúan la labor de tantos testigos que han anunciado las maravillas de Dios. Ellos son el rostro visible de la caridad de toda la comunidad.

LECTURAS

Lectura del libro de Isaías 6, 1-2a. 3-8

Sal. 137, 1-2a. 2bc-3. 4-5. 7c-8 (R.: 1c)

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 1-11

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 5, 1-11

MENSAJE PARA LA COLECTA

Cáritas se empeña en remar mar adentro para llevar a los más vulnerables la pesca abundante de Cristo. Su labor desinteresada necesita de nuestra ayuda espiritual y material. Ofrezcamos nuestros dones por los pobres y los necesitados.

ORACIÓN DE LOS FIELES

—Para que la Iglesia viva de tu pan, tu presencia y tu Palabra. Roguemos al Señor.

—Para que sus pastores sean pobres y evangelicen a los pobres. Roguemos al Señor.

—Para que nuestro mundo, violento y dividido, progrese en justicia y en paz. Roguemos al Señor.

—Para que reconozcamos la dignidad y los derechos de cuantos sufren marginación o persecución. Roguemos al Señor.

—Para que la comunión de tu Cuerpo nos haga verdaderos testigos de tu amor. Roguemos al Señor.

—Para que la Fracción del Pan nos capacite para compartir nuestros bienes. Roguemos al Señor.

—Por todos los equipos de Cáritas para que continúen en la lucha incasable de dar de comer al hambriento y saciar de Dios al que tiene pan. Roguemos al Señor.

REFLEXIÓN

Queridos hermanos y hermanas, ¡Buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. Lc 5, 1-11) narra, en el relato de Lucas, la llamada de San Pedro. Su nombre, lo sabemos, era Simón y era pescador. Jesús, en la orilla del lago de Galilea, lo ve mientras está arreglando las redes, junto con otros pescadores. Lo encuentra fatigado y decepcionado, porque esa noche no habían pescado nada. Y Jesús lo sorprende con un gesto inesperado: se sube a su barca y le pide que se aleje un poco de tierra porque quiere hablar a la gente desde allí, había mucha gente. Entonces Jesús se sienta en la barca de Simón y enseña a la multitud reunida a lo largo de la orilla. Pero sus palabras también reabren a la confianza el corazón de Simón. Entonces Jesús, con otro “gesto” sorprendente, le dice: «Rema mar adentro y echad vuestras redes para pescar» (v. 4).

Simón responde con una objeción: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada ...». Y, como experto pescador, podría haber agregado: “Si no hemos pescado por la noche, mucho menos vamos a pescar de día”. En cambio, inspirado por la presencia de Jesús e iluminado por su Palabra, dice: «...pero, en tu palabra, echaré las redes» (v. 5). Es la respuesta de la fe, que nosotros también estamos llamados a dar; es la actitud de disponibilidad que el Señor pide a todos sus discípulos, sobre todo a aquellos que tienen tareas de responsabilidad en la Iglesia. Y la obediencia

confiada de Pedro genera un resultado prodigioso: «Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces» (v. 6).

Es una pesca milagrosa, un signo del poder de la palabra de Jesús: cuando nos ponemos con generosidad a su servicio, Él obra grandes cosas en nosotros. Así actúa con cada uno de nosotros: nos pide que lo acojamos en la barca de nuestra vida, para recomenzar con él a surcar un nuevo mar, que se revela cuajado de sorpresas. Su invitación a salir al mar abierto de la humanidad de nuestro tiempo, a ser testigos de la bondad y la misericordia, da un nuevo significado a nuestra existencia, que a menudo corre el riesgo de replegarse sobre sí misma. A veces, podemos sentirnos sorprendidos y titubeantes ante la llamada del Maestro Divino, y tentados a rechazarlo porque no nos sentimos a la altura. Incluso Pedro, después de aquella pesca increíble, le dijo a Jesús: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (v. 8). Esta humilde oración es hermosa: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”. Pero lo dijo de rodillas ante Aquel que ahora reconoce como “Señor”. Y Jesús lo alienta diciendo: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres» (v. 10), porque Dios, si confiamos en Él, nos libra de nuestro pecado y nos abre un nuevo horizonte: colaborar en su misión.

El mayor milagro realizado por Jesús para Simón y los demás pescadores decepcionados y cansados, no es tanto la red llena de peces, como haberlos ayudado a no caer víctimas de la decepción y el desaliento ante las derrotas. Les abrió el horizonte de convertirse en anunciadores y testigos de su palabra y del reino de Dios. Y la respuesta de los discípulos fue rápida y total: «Llevaron a tierra las barcas y dejando todo lo siguieron» (v. 11). ¡Qué la Santísima Virgen, modelo de pronta adhesión a la voluntad de Dios, nos ayude a sentir la fascinación de la llamada del Señor y nos haga disponibles a colaborar con él para difundir su palabra de salvación en todas partes!»

Francisco, *Ángelus* (10 de febrero de 2019)